

Iñaki Viar (izquierda) y su hijo, Jon, en la presentación del documental *el domingo*. / JAVIER ÁLVAREZ

Un documental explora la vida de los renegados de ETA

Jon Viar filmó a partir del ejemplo de su padre, Iñaki

JUAN NAVARRO, **Valladolid**
Un chaval usa gafas de sol y se cubre cabeza y rostro con un pasamontañas. Habla en nombre de la banda terrorista ETA. Parece una declaración oficial, pero se trata tan solo de un niño de 13 años que ama el cine y empieza a darse cuenta de que odia esa violencia que planea sobre el País Vasco en la década de los noventa. Se llama Jon Viar y su padre, Iñaki, le confesó cuando tenía ocho que había pertenecido a ETA y que había estado en la cárcel. Varias décadas después, cualquier muchacho puede jugar a ser cineasta, pero muy pocos pueden conocer el dolor y el significado de ETA.

Jon Viar, de 34 años, presentó el domingo en la Semana Internacional de Cine de Valladolid, Seminci, su documental *Traidores*, donde recoge la persecución que su progenitor y otros tantos exetarras sufrieron de sus compañeros de banda porque renegaron de la violencia.

El documental trata de explicar cómo el radicalismo se asentó en un nacionalismo que inculcó su rabia y su odio en una generación dispuesta a liquidar a quien le rebatiera. "Distintos o diferentes es el nombre elegante de la xenofobia", se dice en la cinta. Iñaki Viar ratificó este pensamiento en la cárcel, donde pasó ocho años tras colocar una bomba en Bilbao, aunque no hubo víctimas. Posteriormente, abrazó la psicología y el psicoanálisis, para acabar descubriendo en su familia el peso que lo contaminó y le hizo cometer graves errores de los que supo arrepentirse. El director explica que

incluyó grabaciones personales de su adolescencia en la obra, que se sitúa entre 1998 y 2020, como si cuando era un chiquillo ya conociese el guion que intentaría plasmar de adulto. Así, el pequeño Viar reprodujo, con una crudeza llamativa en un adolescente, escenas como los secuestros de Miguel Ángel Blanco. "Yo era un chico consciente del terrorismo y de ETA, en mi entorno no era tan habitual", afirma Viar, que trata de desmon-

Iñaki Viar, en el documental *Traidores*.

tar el argumentario *abertzale*.

El cineasta se apoya, además de en sus imágenes, en otras de archivo y grabadas en la actualidad tanto en suelo vasco como en el penal de Segovia, donde su padre pasó parte de su reclusión como preso y trazó un frustrado plan de fuga. Su labor en el documental consiste en "ordenar la realidad", dice.

La banda terrorista ETA anunció su disolución en 2018, tras un historial de 854 víctimas mortales y miles de amenazados y heridos, todos afectados por un argumentario enraizado en el "racismo", según los dos Viar.

Su documental llega en un momento donde proliferan los retratos audiovisuales de la banda. Jon Viar cree que hay dos perfiles: uno que intenta plasmar el horror y otro que lo disimula. Prefiere no criticar a sus compañeros de gremio y espera que esta cantidad de producciones se traduzca en un mayor conocimiento sobre esa historia reciente, que los libros de texto no terminan de recoger.

El exetarra Iñaki Viar, de 73 años, deja a un lado el sombrero que cubre su pelo blanquísimo. La película, que califica de "dura, dolorosa y triste" lo ha emocionado, pero no tarda en expresar con vehemencia lo "incomprensible" que resulta que un movimiento como el de ETA, con tintes "fascistas", sobreviviera con apoyo social tras la dictadura. Este psicoanalista reconoce que, como teorizó Freud, todo hombre "tiene que matar a su padre", y que ese fue el primer paso para desmarcarse de un legado familiar nacionalista.

Viar no reprueba que el pasado etarra se borre de la memoria colectiva —"el olvido es un mecanismo de defensa"—, pero censura que tanto en el País Vasco como en el resto de España no haya el suficiente recuerdo a aquel "terror consolidado". Este "traidor", para tantos excompañeros y para cierto sector de la sociedad vasca, piensa que creaciones como las de su hijo "algo muestran" y pueden generar preguntas a los espectadores. A su juicio, su hijo Jon ha conseguido evidenciar una realidad: cómo el mayor de los horrores se puede gestar en la intimidad.